

11

Mujeres asalariadas en el cinturón frutihortícola marplatense. Trabajo, trabajadoras y hogares

Silvia L. Bocero¹ y Analía Di Bona²

Departamento de Geografía, Universidad Nacional de Mar del Plata

@ [slbocero@mdp.edu.ar - adibona@mdp.edu.ar]

Fecha de recepción: 19 de mayo de 2013

Fecha de aprobación: 30 de octubre de 2013

Resumen

El objetivo de este artículo es analizar la participación femenina asalariada en el mercado laboral frutihortícola del Partido de General Pueyrredón y su articulación con el trabajo doméstico teniendo en cuenta las características de los hogares de las trabajadoras. En este espacio productivo se constata el trabajo transitorio femenino en la actividad hortícola intensiva -que se practica a campo y bajo cubierta- y en cultivos frutícolas no tradicionales. Las mujeres participan en labores culturales básicas, fundamentalmente, en la cosecha y en la selección, acondicionamiento y empaque de frutas y verduras. Se explora cómo las mujeres despliegan distintas estrategias para compatibilizar el mundo laboral y el mundo familiar y cómo las responsabilidades en las tareas domésticas y de reproducción condicionan sus posibilidades de inserción laboral.

Palabras clave: Mujeres, trabajo asalariado, agricultura intensiva, hogares, género.

- 1 Profesora y Licenciada en Geografía, Magíster en Ciencias Sociales con Orientación en Desarrollo Rural de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Diploma Superior en Ciencias Sociales, con mención en Estudios Agrarios, FLACSO. Directora del grupo de Investigación Desarrollo Rural, Ambiente y Geotecnologías. Profesora Regular en Política y Economía de los Recursos Naturales y Geografía Rural, Departamento de Geografía, Universidad Nacional de Mar del Plata. Profesora de postgrado en la Maestría en Políticas Ambientales y Territoriales (UBA).
- 2 Licenciada en Geografía por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Maestrando en el Postgrado: Procesos Locales de Innovación y Desarrollo Local (PLIDER) de la UNMdP, UNLP y UNS.

Female workers in the fruit and vegetable belt of Mar del Plata.
Work, female workers and households.

Abstract

The purpose of this paper is to analyze the female workers' share in the fruit and vegetable labour market in the district of General Pueyrredon, and its articulation with their domestic work, taking into account the characteristics of the workers' households. In this productive space, the transitional female work done in the intensive vegetable crops, which is practiced in the fields and under cover can be proved, as well as in non-traditional fruit crops. Women participate in basic cultural works, especially, in harvesting and selection, conditioning and packing of fruits and vegetables. It is observed how women develop different strategies in order to make both work and family worlds compatible, without disregarding the responsibilities related to the domestic and reproduction duties that determine their possibilities of labour insertion.

Key words: Women, wage-earning work, intensive agriculture, households, gender.

Mulheres assalariadas no cinturão hortifrutícola marplatense.
Trabalho, trabalhadoras e lares.

Resumo

O objetivo do presente artigo é analisar a participação feminina assalariada no mercado laboral hortifrutícola do Município de General Pueyrredon e sua articulação com o trabalho doméstico, tendo em conta as características dos lares das trabalhadoras. Nesse espaço produtivo se constata o trabalho transitório feminino na atividade hortícola intensiva -que se pratica ao ar livre e sob abrigo- e em cultivos frutícolas não tradicionais. As mulheres participam em atividades básicas de cultivo, fundamentalmente na colheita e na seleção, acondicionamento e embalagem de frutas e verduras. Se explora, ainda, como as mulheres utilizam distintas estratégias para compatibilizar o mundo do trabalho com o mundo familiar e como as responsabilidades nas tarefas domésticas e de reprodução condicionam suas possibilidades de inserção laboral.

Palavras-chave: Mulheres, trabalho assalariado, agricultura intensiva, lares, gênero.

Introducción

El objetivo de este trabajo es analizar la participación femenina asalariada en el mercado laboral frutihortícola marplatense (Partido de General Pueyrredon) y explorar su articulación con el trabajo doméstico teniendo en cuenta las características de los hogares de las trabajadoras. En este espacio productivo se constata el trabajo transitorio femenino en la actividad horti-

cola intensiva –que se practica a campo y bajo cubierta– y en cultivos frutícolas no tradicionales. Las mujeres participan en labores culturales básicas, fundamentalmente, en la cosecha y en la selección, acondicionamiento y empaque de frutas y verduras. La problemática se inscribe en el marco de territorios de interfase urbano-rural que dan cuenta de procesos de transformación productiva.

La inserción laboral de las mujeres se aborda desde la perspectiva de los roles sociales de género que les atribuyen cualidades naturalizadas como femeninas y, a la vez, la responsabilidad exclusiva en el trabajo doméstico-reproductivo. Desde este enfoque, se propone indagar cómo las mujeres despliegan distintas estrategias para compatibilizar el mundo laboral y el mundo familiar y cómo las responsabilidades en las tareas domésticas y de reproducción condicionan las posibilidades inserción laboral de estas mujeres en los mercados agrícolas y agroindustriales. El trabajo se organiza en cuatro partes. En la primera se señalan los antecedentes teóricos y la estrategia metodológica; en la segunda se describe el cinturón frutihortícola y sus transformaciones más recientes; en la tercera se realiza una caracterización de las formas que adquiere el trabajo asalariado femenino en estos espacios de producción y por último, se exploran las estrategias de inserción laboral que asumen estas mujeres poniendo la mirada en la articulación con el trabajo doméstico y las características de los hogares.

Antecedentes conceptuales y perspectiva metodológica

Investigaciones recientes focalizadas en mercados de frutas localizados en el noroeste argentino, el noreste brasileño y la zona central chilena, dan cuenta de la inclusión asalariada femenina³, y señalan como rasgo común de este tipo de inserción laboral el empleo temporal o transitorio de las mujeres y su débil presencia en el empleo permanente (Valdés, 2012).

3 En Argentina, a partir del análisis de la información del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas, 2001, Quaranta (2010: 21) señala: “La distribución de los asalariados agropecuarios según sexo evidencia, para el conjunto, un predominio generalizado de la mano de obra masculina, con algunas diferencias entre las regiones y en algunas provincias, donde se incrementa levemente la participación de las mujeres. Estos valores demuestran, en términos globales, la baja presencia de mujeres entre los trabajadores permanentes de la agricultura de nuestro país, a la vez que reflejan la tendencia de la fuente a subregistrar el trabajo temporario donde es mayor la participación femenina”.

En la región el aumento de la participación de la mujer en el mercado laboral agrícola se enmarca en los procesos de reestructuración productiva, la flexibilización de las relaciones laborales y la globalización de los mercados. No obstante, su abordaje encuentra dificultades teóricas y metodológicas para revelar las transformaciones acaecidas, particularmente, si se procura dar luz al trabajo temporario de las mujeres en sus distintas dimensiones. En este sentido, distintos autores coinciden en la necesidad de complementar la información que aportan las fuentes secundarias e instrumentos estadísticos disponibles con estudios basados en la producción e interpretación de datos producidos sobre el terreno con técnicas cualitativas; y de este modo, subsanar las dificultades que existen para estimar, comparar y registrar el trabajo asalariado femenino en los distintos contextos productivos (Baudron y Gerardi, 2003; Rau, 2009; Lastarria, 2008; Aparicio, 2012).

En relación a esta problemática Aparicio (2012: 12) señala:

Las fuentes de datos secundarias no tienen capacidad de proveer información sobre el trabajo temporal. Tal es el caso de los Censos, por un lado, que toman como período de referencia la semana anterior y, generalmente, suelen ser realizados en momentos del año en los que no se realizan cosechas. Y, por otro lado, si bien las Encuestas de Hogares tienen la ventaja de ser continuas y tomar distintos momentos del año —con lo cual podrían recoger la ‘estacionalidad’ del trabajo agropecuario—, su período de referencia es muy corto, lo que aumenta el riesgo de subcaptación, además de realizarse solo en algunas ciudades, generalmente las capitales de provincia. Por todo ello, aunque el trabajo femenino agrario tiende a tener residencia urbana —y, por ende, es susceptible de ser registrado en los centros urbanos—, los períodos de referencia de las Encuestas de Hogares y de los Censos no permiten relevar en forma representativa prácticamente ninguno de los mercados de trabajo agropecuarios [...]. Respecto a los estudios específicos realizados en el ámbito académico y público son pocos los análisis referidos especialmente al empleo femenino en la agricultura, en su mayoría tienen más de 10 años [...] y el trabajo de la mujer está poco focalizado.

Ringuelet y Salva (1996: 4) aportan sobre la realidad hortícola y señalan que

[...] existe un subregistro muy acentuado del trabajo hortícola en los censos, encuestas y en los informes públicos, hecho que tiene que ver con: primero el peso de las modalidades informales del trabajo; y segundo, con la evasión de impuestos y obligaciones laborales legales [...]. Tal subregistro es tanto cuantitativo cuanto cualitativo, pues desaparecen o se reducen categorías enteras como la del mismo mediero y los trabajadores familiares.

Además del subregistro por no declaración de empleadores, buena parte de los datos se diluyen debido a que las preguntas de los censos se estructuran dentro del paradigma del trabajo fijo y estable y estos enunciados no funcionan en situaciones en las que el trabajo es temporal e inestable (Camarero, 2008). En ocasiones, las mujeres no se reconocen como trabajadoras para el mercado –se refugian en la categoría de amas de casa– y engrosan el grupo de inactivas junto a estudiantes y jubiladas.

Desde un punto de vista teórico se consideran a un grupo importante de investigadores que indagan el papel social en la división sexual del trabajo y las repercusiones en las condiciones de empleo de hombres y mujeres (León, 2003; Camarero, 2008; Carrasquer, 2009). En esta línea, Arriagada (2010: 41) señala que

la división del trabajo por sexo, que asigna las actividades productivas –vinculadas al mercado– a los hombres y las reproductivas –relacionadas con el cuidado de los seres humanos– a las mujeres, se proyecta en los patrones de inserción laboral de las mujeres y la consecuente desvalorización de sus labores en el mercado de trabajo. Reconocer que existe una estrecha conexión entre el trabajo remunerado y no remunerado ha permitido observar las consecuencias negativas de las obligaciones domésticas en la vida laboral de las mujeres: carreras interrumpidas, salarios más bajos y empleos de peor calidad.

Estudios centrados en la dinámica del sector exportador de frutas y verduras han puesto de relieve la disponibilidad de mano de obra barata y abundante en las zonas donde se instalan las empresas de empaque y procesamiento agrícola, señalando que

Estas mujeres combinando sus labores del hogar, ofrecen una gran flexibilidad a las empresas en términos de horarios, salarios, formas de trabajo y de contratación, a la vez que garantizan que el acabado y presentación de los productos que se exportan alcancen las normas de calidad que exige el mercado internacional (Lara Flores, 1995: 217).

Mingo (2011a: 416) destaca que

[...] no hay nada novedoso en las características de la participación de las mujeres en estos espacios productivos. Más bien lo que sucede es que las empresas han respondido a los requerimientos de modernización y de estrictos cuidados en la calidad con una organización del proceso de trabajo basada en la división genérica del trabajo y en los roles de género tradicionales socialmente difundidos.

De este modo,

La división genérica del trabajo como una de las formas de organización y estructuración del proceso de trabajo, se expresa en la participación de hombres y mujeres en distintos momentos y tareas dentro del proceso de trabajo. A partir de la construcción simbólica de las calificaciones, se asume que la utilización de determinadas tecnologías requiere de saberes o conocimientos que son previamente designados como masculinos y femeninos (Mingo, 2011b: 179).

Como señalan Ariza y de Oliviera (2000: 9)

En sí misma la noción de división sexual del trabajo condensa un tipo de relación entre la familia como ámbito de reproducción y el mercado (o espacio de la producción), en dos sentidos: primero, porque tanto en uno como en otro el trabajo se organiza a partir de un criterio genérico; segundo, porque la división sexual del trabajo en el seno de la familia condiciona y limita las posibilidades de inserción de la mujer en el trabajo extradoméstico.

En este sentido “las categorías de género y la perspectiva de la división sexual del trabajo permiten ir más allá de los determinantes económicos que, si bien definen aspectos centrales de la participación laboral, no explican estas inserciones laborales en su totalidad” (Mingo, 2011a: 413).

En el área agrícola intensiva marplatense, si bien se verifica el predominio de los hombres en las actividades frutihortícolas, se comprueba una importante presencia femenina en distintas tareas agrícolas; se destaca la participación de cónyuges, hijas y otras integrantes de la familia de medios o productores que residen en las quintas. Este trabajo se inscribe –y se invisibiliza– en la categoría “ayuda familiar” y se materializa, fuertemente, en las tareas agrícolas que realizan las mujeres de origen boliviano (aunque no exclusivamente).

En el área de estudio, el trabajo femenino –remunerado o no– no ha sido abordado en profundidad. La participación femenina –al igual que la de los niños y otros integrantes de las familias de productores y trabajadores– ha quedado asimilada al conjunto de estrategias socio-productivas y de inserción al trabajo. El interés por el trabajo asalariado femenino y los indicios sobre el tema surgen de la información relevada durante el trabajo de campo en el marco de los proyectos del Grupo de Investigación Desarrollo Rural, Ambiente y Geotecnologías⁴. La posibilidad de detectar a estas mujeres

4 Grupo de investigación de la Universidad Nacional de Mar del Plata al que pertenecen las autoras.

fue factible por la utilización de metodologías cualitativas (especialmente, entrevistas en profundidad y grupos focales que permiten vislumbrar dimensiones que las fuentes estadísticas no alcanzan a relevar⁵), por la trayectoria del equipo de trabajo en el terreno y en temas de investigación centrados en la frutihorticultura y por las contribuciones teóricas y metodológicas de distintos autores que han estudiado estas producciones intensivas en diferentes espacios hortícolas (Feito, 2005; Propersi, 2007). En este contexto, bajo distintas modalidades asalariadas, se incorporan mujeres, que trabajan de forma temporaria –por jornal o a destajo– y que no siempre encajan en la imagen convencional de mujer/migrante de origen rural.

Como se viene señalando, las características de las fuentes de información estadística no permiten una aproximación precisa de la dimensión cuantitativa del fenómeno, que ha quedado desdibujado en el área del estudio. El análisis de la inserción de estas mujeres en el mercado de trabajo frutihortícola y la exploración de su articulación con el trabajo doméstico, teniendo en cuenta las características de los hogares de las trabajadoras, constituye el objetivo del presente artículo⁶.

La estrategia metodológica ha sido fundamentalmente cualitativa. A los efectos de analizar las particularidades de esta mano de obra transitoria femenina se realizaron entrevistas semiestructuradas a mujeres trabajadoras, complementadas con observación participante en explotaciones hortícolas y frutícolas. El modo de selección de las entrevistadas fue realizado a través del método conocido como “bola de nieve”. Se efectuaron, además, entrevistas a productores y trabajadores hortícolas y frutícolas, a personal técnico y a gerentes encargados de la organización del proceso de trabajo.

En el grupo entrevistado se observa la participación de mujeres de nacionalidad argentina (nacidas en las provincias del norte y también de origen local) y de mujeres de origen boliviano. Estas mujeres residen en el borde

5 En General Pueyrredon, los datos del Censo de Población 2001 contabilizaban, para la rama Agricultura, ganadería, caza y silvicultura, un total de población ocupada de 3953, de los cuales el 14% eran mujeres; superando los valores de la provincia donde las mujeres se aproximan al 10% del total. Durante el trabajo de campo se entrevistaron alrededor de 60 trabajadoras, entre las que figuran asalariadas transitorias y también trabajadoras que corresponden a la categoría de ayuda familiar.

6 El trabajo se inscribe en el desarrollo de la beca de investigación, categoría perfeccionamiento: “Inserciones laborales femeninas en los espacios de agricultura intensiva del Partido de General Pueyrredon”. UNMdP, OCS Nro. 1836/12 Período 01/04/12-31/03/14. (Becaria: Analía Di Bona, Directora: Silvia L. Bocero).

urbano-rural –en barrios y parajes– pero también provienen de barrios periféricos de la ciudad de Mar del Plata.

En esta etapa, la investigación ha permitido indagar cómo estas mujeres se insertan en la actividad agrícola, identificar los procesos laborales específicos que requieren su fuerza de trabajo, así como las modalidades de remuneración y la complementación con otras actividades económicas. Y se han explorado los procesos de asalarización de las mujeres vinculados a las características de los hogares⁷, teniendo en cuenta la cantidad de miembros, la edad de los hijos, su conformación y la etapa del ciclo vital que transitan; además de la edad y posición que ocupan las mujeres en sus hogares para entender las modalidades de articulación entre el trabajo doméstico y extradoméstico.

El cinturón frutihortícola marplatense: sus transformaciones recientes

Desde los años noventa se han observado cambios significativos en el cinturón frutihortícola marplatense entre los que se destacan la intensificación hortícola, plasmada por la aparición de los cultivos bajo cubierta y la incorporación de cultivos no tradicionales de frutas finas (frutilla, cereza, arándanos, etc.), ciruelas y kiwi, con el componente expansivo de algunos de ellos.

Destacamos que la producción frutihortícola⁸ está concentrada en una amplia franja, de alrededor de 25 kilómetros, que bordea de manera discontinua la ciudad de Mar del Plata, vinculándose esta organización al sistema vial del Partido de General Pueyrredon; siendo los ejes de las rutas 226 y 88 donde se concentra el mayor número de explotaciones y superficie.

7 En este aspecto se ha considerado la propuesta de Elena Mingo en su análisis sobre Las asalarizadas Agrícolas del Valle de Uco, Provincia de Mendoza (ver bibliografía citada).

8 Según estimaciones del Producto Bruto Geográfico del Partido de General Pueyrredon, para el año base 2004, la principal actividad económica dentro del Sector Primario local es la Pesca (70%), seguida de la Hortifloricultura (15%), siendo el cinturón hortícola local el segundo en importancia a nivel país. La Hortifloricultura comprende las actividades de huerta propiamente dicha y la producción de frutas, flores y productos de vivero. Se destaca por su importancia relativa la producción llevada a cabo en “quintas”, que representa el 73% del VA generado por este sub-sector. En cuanto a la producción de hortalizas en quinta, cinco cultivos representan el 70% de la producción total: lechuga (25%), zanahoria (16%), tomate (13%), zapallos (12%) y maíz dulce (4%). (UNMDP, Facultad de Cs. Económicas y Sociales, 2012).

El Censo Hortícola 1994 en General Pueyrredon contabilizaba 6.466,4 ha de superficie a campo y 21,3 ha bajo cubierta (6.487,7 ha en total); el Censo Hortícola Bonaerense 2001 muestra la reducción de la superficie al aire libre (5.654,7 ha) y el incremento de los invernáculos (159 ha); en la misma tendencia se expresa el Censo Hortiflorícola 2005, con una superficie hortícola total de casi 3.400 ha de las cuales alrededor de 200 ha son bajo cubierta. Con respecto a los cultivos no tradicionales mencionados en este trabajo, según el Censo Nacional Agropecuario 2002, representan el 77 % de la superficie total implantada de frutales (134,4 ha) en el Partido: 65,6 ha de cereza, 30,4 ha de ciruela, 6,2 ha de kiwi y 1,6 ha de arándano. La frutilla se incluye en los relevamientos hortícolas. Si bien no existen estadísticas oficiales actualizadas, en general es posible encontrar estimaciones, como en el caso del kiwi, que señalan que en la región habría 300 ha implantadas, de las cuales unas 170 ha están en producción (Cámara de Productores de Kiwi del SE de la Provincia de Buenos Aires, 2012⁹).

Con respecto a la horticultura bajo cubierta, los productos obtenidos con esta modalidad han llevado a incorporar mejoras en las tecnologías de post-cosecha con el propósito de no perder durante la comercialización los atributos de calidad logrados en el cultivo. Se incluyen, en este sentido, distintas formas de diferenciación del producto y la aparición de galpones de empaque a los efectos de realizar el acondicionamiento del mismo y mejorar su presentación (Bocero, 2003).

La horticultura local se configura en el marco de territorios productivos que han recibido el aporte de la migración transnacional de familias bolivianas; a inicios de la década del 2000, los medieros de origen boliviano constituyen la mayor proporción del total de trabajadores contratados en la mayoría de los mercados de trabajo de las áreas hortícolas y una parte importante de estos trabajadores migrantes se han involucrado en un proceso de movilidad social ascendente, que se ha denominado de escalera boliviana, transformándose con el tiempo de trabajadores en arrendatarios, e inclusive un número menor de ellos ha alcanzado la categoría de propietarios (Benencia, 2005). Todos estos procesos, se evidencian en General Pueyrredon donde, según el Censo hortícola 2001, las explotaciones con productores de origen boliviano representan un 21,6% del total (Bocero y Prado, 2009).

Este espacio productivo se ha transformado en una estructura social compleja y heterogénea. El origen familiar de las explotaciones se preserva

9 Entrevista personal realizada en 2012 a uno de sus integrantes.

en el trabajo del productor y de los integrantes de su familia, ya sea de gestión o directo. Merece destacarse la significación de las explotaciones familiares en todo el cinturón y la presencia de empresas familiares con medieros y/o asalariados (Bocero, 2011).

El destino de la producción de hortalizas es el mercado interno para el consumo en fresco. En relación con las frutas, se trata de productos de alto valor con oportunidades de comercialización en el mercado externo, que varían según los casos.

En cuanto a las transformaciones productivas y tendencias expansivas se destacan los cultivos de frutas finas –fundamentalmente la frutilla– y el kiwi. En el caso de los berries:

la región es reconocida como una zona productiva de frutilla de muy alta calidad, que se vende en fresco al mercado doméstico, al cual también se destinan diversos productos elaborados. Sin embargo, estos últimos tienen una fuerte presencia en los mercados de exportación, al que se envían productos congelados, feteados, cubeteados, mermeladas, jaleas, etc. (Atucha *et al.*, 2012: 54).

Las estimaciones disponibles indican que la superficie pasó de alrededor 20 ha en el año 1994 a 130 ha en 2008¹⁰. El cultivo de frutilla en el país ha crecido desde fines de los noventa, debido fundamentalmente a un incremento en el margen bruto de la actividad originado por los aumentos de productividad (que disminuyeron el costo por kilo producido) y por los altos precios (en dólares) del producto congelado. Además de estos factores, en la zona de Mar del Plata se destacan otros aspectos como las mejoras genéticas y los altos precios que obtiene la producción local comercializada en fresco en los mercados concentradores del país (Adlercreutz, 2008).

En relación a los cherries el relevamiento realizado durante el trabajo de campo permitió identificar la producción de cerezas¹¹. Las cerezas se comercializan en el mercado interno articulándose a la oferta de las principales regiones del país, no obstante, existen antecedentes locales de inserción al mercado externo.

10 En el área de estudio se encuentra instalada una importante empresa frutihortícola, cuyos orígenes datan de fines de los ochenta como proveedora de frutillas frescas y otros berries. Se destaca el incremento de su producción y la incorporación de productos congelados, lo que la posiciona con un perfil agro industrial productora y exportadora de frutas frescas y congeladas. Por su volumen de producción, se encuentra entre los principales productores de berries, con destinos de exportación como USA, Brasil, Canadá y Francia.

11 La mayor superficie de cerezas corresponde a una empresa que cuenta con galpón de empaque donde se procede a la selección, clasificación, acondicionamiento y enfriado de la fruta.

Con respecto al kiwi, en el año 2002, la producción era incipiente pero en la actualidad: “Con un largo ciclo productivo, ha encontrado en las laderas de Sierras de los Padres una zona agroecológica muy apta para su desarrollo, siendo destacables las posibilidades que se presentan como cultivos de exportación” (Atucha *et al.*, 2012: 54).

Estas transformaciones tienen un impacto significativo en la estructura territorial de estos espacios porque están indicando nuevos usos del suelo, diferentes relaciones laborales y reconversión productiva.

La inserción del trabajo asalariado femenino en los espacios de producción frutihortícola

En este espacio productivo se constata el trabajo transitorio femenino en la actividad hortícola intensiva –que se practica a campo y bajo cubierta–, en explotaciones frutícolas –que integran procesos de selección, acondicionamiento y empaque– y en pequeñas plantas de procesamiento y empaque de frutas y verduras.

Debido al carácter irregular del empleo se definen, en muchos casos como “changueras”, y se enmarcan en una estrategia de inserción laboral de carácter individual. Se ocupan en las explotaciones frutihortícolas por temporada –desde el mes de octubre hasta fines de marzo o abril– y eventualmente durante el invierno. Otros casos remiten a estrategias de inserción laboral de carácter familiar, a veces combinándola con inserciones individuales.

La presencia femenina se verifica especialmente en etapas de mantenimiento, cosecha y post-cosecha. Además, colaboran en la preparación del suelo, en la siembra, en el armado de estructuras para los cultivos, en el riego y en menor medida en la aplicación de agroquímicos. Se requiere el trabajo manual durante jornadas prolongadas y a ritmos de trabajo intensos. La remuneración se pacta de acuerdo a dos modalidades: a) en relación al cumplimiento de una jornada de trabajo –de duración no establecida estrictamente– y se denomina “por jornal”; b) en función de la cantidad de trabajo realizado y se denomina “por tanto”. La forma de pago “por jornal” aparece en la cosecha de algunos cultivos como el tomate, el pimiento y la cereza y en otras tareas donde se privilegia la dedicación y lentitud para su correcta realización como por ejemplo, carpir y desbrotar y se paga por día

trabajado. Cuando se trata de trabajo “por tanto” se realizan tareas puntuales del ciclo productivo que deben ser efectuadas a ritmo de trabajo elevado y el pago es por unidades producidas, por ejemplo, contabilizando las jaulas, tarros o bolsas de verduras cosechadas. Esta última modalidad –trabajo a destajo– es la más difundida en las explotaciones frutihortícolas.

En los cultivos hortícolas las trabajadoras asalariadas se insertan en situaciones de urgencia, ya sea para atender requerimientos del ciclo productivo que deben ser efectuados en forma manual o bien para responder a momentos de alta demanda de productos en el mercado, que no son cubiertas por la oferta de trabajo predominante, los medieros y sus familias (Bocero y Di Bona, 2012).

En la producción y empaque de frutillas y cerezas¹², de acuerdo a los relevamientos realizados, es donde la presencia asalariada femenina tiene mayor incidencia, fundamentalmente, en aquellas empresas que tienen un perfil agroindustrial¹³.

En la cosecha de frutilla y en las labores del cultivo no mecanizadas (plantación, desflore, poda total de hojas, entre otras), se incorpora una importante cantidad de mano de obra temporaria migrante, masculina y femenina. Las mujeres se insertan como familiares de trabajadores de origen boliviano (viven y trabajan en los campos de cultivos). La cantidad de mujeres ocupadas se duplica durante el período de cosecha con el aporte migratorio del mismo origen. En este sentido, se trata de mujeres jóvenes que vienen junto a otros familiares o solas y en general regresan a su país al finalizar la recolección.

En el empaque de frutillas se realiza el acondicionamiento de la fruta para su posterior procesamiento industrial. En esta etapa las mujeres son ocupadas para la clasificación, tamañado, despallado de las frutas, entre otras tareas. La contratación es exclusivamente temporaria, el pago es por tanto –como en la cosecha– con jornadas que superan las ocho horas de trabajo. Estas tareas no están mecanizadas. Predomina la presencia de mujeres en

12 En las explotaciones frutícolas la temporada de cosecha comienza en octubre con la frutilla (y se extiende hasta mayo) y continúa en forma escalonada con la cereza, la ciruela y el arándano durante noviembre y hasta fines de enero.

13 La información que se puede obtener sobre esta mano de obra desde la perspectiva empresarial es sumamente limitada, en este sentido se ha podido acceder, en algunos casos, a datos referidos a modalidades de contratación, sexo, edades y origen de los trabajadores/as. La mayor parte de la información proviene de las entrevistas a las trabajadoras.

la manipulación de la fruta y en algunos procedimientos para el control de calidad¹⁴. La participación masculina es reducida.

En el proceso industrial¹⁵ de algunas frutas (frutillas, frambuesas, arándanos, etc.) las tareas están mecanizadas y se emplea a mujeres y a hombres durante todo el año aunque la mayor cantidad de contrataciones involucra a mujeres, se concentra en la temporada de cosecha y la remuneración es por jornal.

En la producción de cerezas, en la época de cosecha, las mujeres muestran una inserción laboral mayoritaria con respecto a los hombres¹⁶. En el campo son contratadas exclusivamente para esa tarea. Es frecuente su incorporación mediante vínculos familiares o de amistad, acompañando a otra trabajadora. En ocasiones, combinan la cosecha a campo con el trabajo en el empaque (donde ocupan los puestos de selección, descarte y clasificación). En ambos casos el pago es por jornal. Todas las operaciones implican destreza manual, agudeza visual, concentración, movimientos repetitivos y ritmos elevados de trabajo. La presencia de hombres es de menor significación, ocupan los trabajos permanentes –aunque no son excluidos como trabajadores temporarios–, y predominan en puestos de mayor jerarquía y con responsabilidad en la supervisión.

En el caso del kiwi la presencia de mujeres es observable y predominante en los empaques (donde se realizan procesos de cepillado, calibre y embalado). Las contrataciones se realizan, de manera discontinua, en el período que abarca desde septiembre hasta el mes de mayo y la modalidad de remuneración más frecuente es por jornal.

Estas trabajadoras se caracterizan por una inserción laboral precaria, de este modo

El trabajo transitorio se asocia a la inestabilidad ocupacional, al predominio del trabajo no registrado, que impide la aplicación de regulaciones contractuales, y al ‘ocultamiento’ (en el doble sentido de su valoración social y su

14 Entrevistas realizadas a trabajadoras de un empaque de frutillas estiman que se ocupan aproximadamente entre 200 y 300 mujeres durante el período de mayor producción de fruta. Los hombres se insertan en tareas que excluyen a las mujeres (como la supervisión del trabajo y la carga y movimiento de fruta a los lugares de trabajo y a cámara de frío).

15 Los productos congelados que se elaboran son: IQF (Individual Quick Frozen), fruta en bloque y fruta cubeteada.

16 Datos aportados por el responsable de una de las empresas, que concentra la mayor producción de cereza de la zona, indican que en la recolección se pueden ocupar más de 200 trabajadores y el 80 % son mujeres.

valorización salarial) de los conocimientos y habilidades necesarios para la realización de las tareas (Mingo y Berger, 2009: 8).

Datos aportados por una entidad gremial rural evidencian que sólo las empresas agroindustriales suelen contar con trabajo registrado femenino y, cuando esto es así, figuran bajo la forma de contratación: “Personal no Permanente”¹⁷.

Se identifica, también, la aparición de intermediarios en la contratación de las trabajadoras bajo la modalidad de pseudocooperativas de trabajo, que aportan la mano de obra cuando es requerida para la cosecha y en los empaques de fruta.

Las asalariadas en el cinturón frutihortícola pertenecen a hogares con necesidades básicas insatisfechas. Asumen diferentes roles y elaboran múltiples estrategias para articularse a una red de lazos sociales que las insertan al trabajo y que permiten compensar en parte las necesidades más urgentes vinculadas a la alimentación y la obtención de algunos bienes.

El análisis de la inserción de mujeres asalariadas en el mercado de trabajo frutihortícola demuestra, también, que las restricciones económicas en el contexto local –producto de las sucesivas crisis económicas– aumentaron la disposición femenina de aceptar condiciones de trabajo injustas y desprotegidas. Los resultados de trabajos anteriores de las autoras¹⁸ indican que la participación laboral continúa expresándose como secundaria en relación al trabajo masculino y vinculada a la naturalización de los roles de género. Así, en la horticultura es factible observar que se prioriza la inserción masculina reservando para las mujeres asalariadas su incorporación en los momentos de mayor premura del ciclo productivo. En el caso de las frutas finas los atributos femeninos asociados a las habilidades manuales habilitan la inserción femenina; en este sentido, las mujeres garantizan y aportan al cuidado y presentación de la fruta (Bocero y Di Bona, 2012).

17 Entrevista Personal realizada a directivos de la Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (UATRE), Sede Mar del Plata, en el año 2012.

18 Los resultados referidos provienen del desarrollo de trabajos vinculados a la temática en los últimos cinco años: Informes finales de Becas de Investigación: “Inserciones laborales femeninas en los espacios de agricultura intensiva del Partido de General Pueyrredon” (2014, UNMDP), “Mujeres y trabajo en el cinturón frutihortícola marplatense. Situaciones de riesgo laboral y ambiental” (2012, UNMDP); Bocero y Di Bona (2011) y Bocero y Di Bona (2012), todos ellos avanzan en la identificación del trabajo asalariado femenino y profundizan el papel que juegan los estereotipos de género en las inserciones laborales y en las características que asume la transitoriedad en el área frutihortícola de General Pueyrredon.

Es estos espacios productivos se espera que las mujeres desplieguen aquellas características consideradas “naturalmente” femeninas en sus puestos de trabajo, actitudes o cualidades que se identifican con la paciencia, la atención, la prolijidad, el cuidado y la mayor responsabilidad en el trabajo, entre otras. De este modo, se comprueba que en la asignación de puestos de trabajos para las mujeres se naturalizan habilidades y conocimientos que se infieren adquiridos en el ámbito doméstico y que implican que las habilidades necesarias para llevar adelante tareas manuales no revisten el carácter de aprendizajes. Desde este punto de vista el acceso de estas mujeres al trabajo en las quintas frutihortícolas está atravesado por nociones y representaciones sociales que definen una variedad de cualidades femeninas.

El mercado de trabajo frutihortícola muestra la dinámica del territorio, específicamente, pone en evidencia los vínculos que se establecen entre los espacios rurales y urbanos. En este aspecto es reveladora la presencia de mujeres que provienen de la periferia de la ciudad de Mar del Plata, con poca experiencia laboral en los mercados de trabajo agrícola o directamente sin ella. El componente más urbano en el origen de este tipo de mano de obra adquiere relevancia en la producción de cereza (campo y empaque) y en el acondicionamiento y proceso agroindustrial de frutillas y kiwis.

La articulación del trabajo productivo y reproductivo

Las mujeres que trabajan en las explotaciones frutihortícolas, como mano de obra transitoria, no conforman un conjunto homogéneo en cuanto a modalidades de inserción. Existen algunas diferencias relacionadas con las características propias de cada actividad agrícola pero es notable en la configuración de sus trayectorias laborales cómo incide la posición de las mujeres en la división sexual del trabajo –según su edad, condición socio-económica, características del hogar de pertenencia y etapa del ciclo vital que transitan–.

El grupo de trabajadoras entrevistadas pertenece a hogares nucleares y extensos¹⁹. Entre los mismos predominan los encabezados por jefes hombres aunque se verifica también la presencia de jefas de hogar. El nivel

19 Se ha registrado un caso correspondiente a la categoría hogar unipersonal de jefatura femenina compuesto por una trabajadora en edad de retiro.

de instrucción de los jefes y jefas de estos hogares no supera el primario. Buena parte de ellos, se ubican en las fases de expansión o crecimiento y de consolidación en referencia a la etapa del ciclo vital que transitan. Las fuentes de ingreso de los hogares provienen fundamentalmente de empleos temporarios y eventuales en la agricultura, la construcción y el transporte. El peso del trabajo asalariado permanente es poco significativo –entre los ocupados–, y fundamentalmente masculino.

Existe en líneas generales una trayectoria laboral familiar –del hogar de origen de las trabajadoras– marcada por la residencia en espacios rurales, por la inserción temprana al trabajo –de hombres y mujeres– como ayuda en la propia explotación familiar o acompañando a otro miembro asalariado agrícola, por la transmisión de saberes en distintas labores agrícolas y por itinerarios familiares-laborales de carácter migratorio.

Sin embargo, también se identifican trabajadoras que pertenecen a hogares de residencia periurbana –local–, sin experiencia en el sector agrícola y en los que la organización del trabajo asalariado femenino no corresponde estrictamente a un patrón de inserción familiar que acompaña al trabajador jefe de hogar.

Las mujeres despliegan distintas estrategias para combinar el trabajo reproductivo con las oportunidades laborales que se presentan dentro y fuera del sector agrícola (para ellas y otros integrantes). En este sentido, se corrobora que las condiciones y opciones laborales femeninas resultan tanto de las características de la demanda de mano de obra estacional de la actividad agrícola intensiva como de las modalidades de articulación doméstica que permiten conciliar el trabajo y la familia.

Se observa que la carga doméstica –variable de acuerdo a las características de los distintos hogares– y la escasa cobertura de servicios sociales por parte del Estado aporta complejidad al marco de posibilidades y elecciones de las trabajadoras.

Varios autores coinciden con Carrasco (2003: 37) que

con la creciente participación femenina en el mercado de trabajo y la nula respuesta social y masculina ante este cambio de cultura y comportamiento de las mujeres, éstas últimas asumirán la doble jornada y el doble trabajo, desplazándose continuamente de un espacio a otro, solapando e intensificando sus tiempos de trabajo. Tiempos que vienen determinados, por un lado, por las exigencias de la producción mercantil y, por otro, por los requerimientos naturales de la vida humana.

Para las mujeres entrevistadas, la imposibilidad de ausentarse del hogar por períodos prolongados y no poder delegar en otros las tareas domésticas (principalmente las de cuidado) delimita espacial y temporalmente las alternativas de empleo.

Estela tiene 50 años, nació y vive en la zona de estudio. Su hogar está conformado por su esposo, sus dos hijas de 29 y 30 años –ambas madres solteras– y sus dos nietos pequeños. Estas mujeres construyen su estrategia de inserción laboral para complementar los ingresos irregulares que provee el trabajo en el lavadero de zanahorias y en changas de carpintería realizado por el padre –a quien reconocen como jefe del hogar–. Lo hacen en conjunto, es decir, repartiéndose entre ellas el cuidado de los niños, las tareas de limpieza y mantenimiento del hogar y las oportunidades de trabajo que se ofrecen en las quintas de la zona:

Siempre trabajamos juntas, en la zanahoria cosechábamos las tres. Si hay una changa vamos todas para juntar más. Llevamos los nenes (no hay con quien dejarlos) y los vamos mirando entre nosotras, le llevamos juguetes [...], a veces trabajamos de corrido y otras me vengo a casa a preparar la comida, porque mis hijas prefieren que me quede un poco en casa con los nenes, también dicen que ya estoy grande y les preocupa mi salud, es un trabajo muy pesado.

Con relación a las actividades de cuidado Carrasco (2003: 26) señala:

éstas no se definen tanto dentro de las relaciones entre la pareja, sino entre el conjunto de mujeres como grupo social. La transferencia de tareas se realiza básicamente entre mujeres (familia, amigas, vecinas) [...] principalmente a través de una red femenina –aunque histórica–, construida actualmente para mediar entre la satisfacción de necesidades humanas y las exigencias de la producción capitalista, ante la falta de servicios públicos adecuados y de una organización social al servicio de la calidad de vida.

La combinación del trabajo a destajo –fundamentalmente durante la temporada de cosecha– y con alta rotación en las distintas explotaciones frutihortícolas –cercanas a la vivienda– es una de las modalidades de inserción laboral más frecuente. La rotación por distintas explotaciones corresponde a formas específicas de organización productiva y coordinación de la fuerza laboral. Así, en las quintas hortícolas la jornada de trabajo se organiza en torno a distintas actividades según sea para completar pedidos de clientes (cosechar, lavar y preparar las verduras) o atendiendo a la planificación escalonada con que se trabaja los distintos lotes: carpir, ralear, desbrotar y

cosechar el producto. A su vez, la secuencia y el tipo de trabajos para los que son requeridas las mujeres les impide la ocupación plena de la semana en una misma quinta, debiendo buscar empleo en otras explotaciones para completarla.

Mariela tiene 25 años y tres hijos en edad escolar. Proviene de una localidad rural de Corrientes. Llegó a Mar del Plata junto a su marido hace aproximadamente seis años. Mediante redes familiares de apoyo se insertaron en el trabajo hortícola. Una actividad “distinta” del tipo de agricultura que se practicaba en las chacras familiares correntinas y de cultivos “desconocidos” para Mariela y su pareja. Inicialmente, participaba como ayuda familiar –“trabajando a la par” de su marido– en la cosecha y preparado de cajones de verduras de hoja. Un arreglo informal establecido con el patrón definía el pago por tanto e incluía la vivienda. Posteriormente, el marido abandona el trabajo de la quinta para ocuparse como estibador en un empaque de verduras y frutas y es ella la que conserva el vínculo laboral con los empleadores. Actualmente, sin abandonar la quinta, Mariela trabaja en el mismo empaque clasificando frutas, con jornadas de duración variable que superan las 8 horas. Mariela trabaja en la quinta desde muy temprano por la mañana y hasta su horario de ingreso a la planta. Entre los dos y eventualmente “pagando a una chica” cuidan de los hijos. Según la entrevistada, “el esfuerzo de sostener dos empleos” de forma simultánea no se justifica por las remuneraciones obtenidas sino porque considera que “aunque no sea mucho lo que se gana en la planta, el trabajo es todo el año y con obra social para los chicos”.

En este hogar se verifica, la intervención masculina en algunas tareas reproductivas y la doble jornada laboral que asume la mujer en su afán de aportar estabilidad en la construcción de una trayectoria laboral –familiar– distinta de la experimentada por su núcleo primario. De este modo,

El cambio en la participación laboral femenina no implica, sin embargo, un cambio paralelo en las responsabilidades domésticas y hogareñas, todavía predominantemente en manos de mujeres. Los cambios en este aspecto son muy lentos [...]. Las cohortes más jóvenes posiblemente den señales de cambio en esta dirección (Jelin, 2005: 19).

Las restricciones laborales también se asocian con dificultades de accesibilidad y tiempos de traslado a los lugares de trabajo. Para las mujeres, aún cuando la oferta de empleo pueda propiciar mejores condiciones de

trabajo y mayores remuneraciones, compatibilizar trabajo y familia no se resuelve sin conflictos.

Mabel tiene 36 años, nació en Bolivia. Llegó a la zona junto a su marido para trabajar como tanteros en la cosecha de frutillas –trabajando y viviendo en condiciones de precariedad y explotación laboral durante varios años–. Actualmente, se dedican por cuenta propia a la actividad ladrillera en el mismo sitio donde viven con sus 4 hijos. Además de ayudar en el horno de ladrillos, Mabel trabaja como tantera cosechando chauchas o haciendo carpidas en las quintas de los vecinos. La edad de los hijos y el trabajo de su marido le permiten delegar en parte algunas tareas del hogar y “salir” a buscar otras opciones laborales, por ejemplo, en las fábricas de pescado que se encuentran en la zona del puerto de la ciudad (a distancias considerables de la zona de residencia): “En el pescado hay trabajo, pero es muy lejos, hay que salir muy temprano –en invierno es de noche–, caminar mucho para llegar al colectivo, es peligroso andar sola. Me voy de madrugada y vuelvo de noche, se va el día entero fuera de la casa”.

Trabajar cerca de la vivienda y durante un período acotado del año, especialmente durante el verano, permite a Ana, oriunda de Córdoba y de 36 años, aportar algo extra a los ingresos de su marido sin modificar sustancialmente el reparto de la carga doméstica ya que

a la cosecha de cereza puedo ir porque es poco tiempo (en el verano nada más), los chicos no van a la escuela [...] me los cuida mi hermana. Me gustaría trabajar más ahora que los chicos son más grandes, siempre trabajé y tuve lo mío [...] cuando era soltera acompañaba a mi tía en las quintas, había mucha verdura, se cosechaban chauchas, pagaban bien, trabajaba como jornalera.

Sin embargo, pese a las expectativas personales de Ana sus elecciones están condicionadas por acuerdos familiares que tienden a privilegiar el trabajo masculino. La construcción simbólica de roles femeninos y masculinos aparece en el relato de la entrevistada afirmando que su posición de madre-esposa le “impide trabajar más horas. No podría cumplir un horario fijo, dejar la casa, los chicos todos los días. Mi marido es transportista (hace viajes de papa)”. Así

Con mayor frecuencia en los hogares nucleares que en los extensos, el cuidado de los hijos menores es uno de los motivos de la interrupción de las trayectorias laborales de las mujeres. El trabajo fuera del hogar es retomado cuando los hijos tienen edad suficiente para acompañar a las trabajadoras o

bien cuando los mayores pueden cuidar a sus hermanos. Pero nuevamente, los bajos ingresos percibidos y la inestabilidad propia de la inserción en trabajos temporarios, hacen que la interrupción del trabajo extradoméstico de las mujeres impacte directamente en la percepción de ingresos de los hogares (Mingo, 2011a: 417).

Los motivos de incorporación femenina al trabajo asalariado en las explotaciones frutihortícolas dan cuenta del deterioro y la pérdida de empleos masculinos, así como del carácter –más o menos complementario– que asume el trabajo de estas mujeres de acuerdo a la diversidad de marcos familiares.

Liliana tiene 35 años, nació en Corrientes y tiene 4 hijos, los mayores adolescentes. Llegó a Mar del Plata hace más de 10 años acompañando a su cónyuge. Al poco tiempo, impulsada por la pérdida de empleo de su marido y recomendada por una vecina (temporera) se ofrece para hacer changas en las quintas de la zona, a pesar de su inexperiencia en el trabajo agrícola. Comenzó a trabajar en la cosecha de chauchas, en la carpida de cultivos de hoja y en la cosecha de cerezas:

La quinta queda cerca, puedo ir y venir en bicicleta o caminando, puedo llevar a los chicos o vienen cuando salen de la escuela, ellos me ayudan a juntar más tarros de chauchas. Algunos patrones les pagan a parte. Es poco lo que pagan, pienso que por eso los hombres buscan otros trabajos mejores. A mi marido le ofrecieron trabajo pero a él no le gusta la quinta.

La inserción de Gloria –oriunda de Misiones de 36 años y 3 hijos– como asalariada se ajusta a los momentos en que es menos requerida su participación como ayuda familiar en la quinta donde su marido es mediero; su estrategia consiste en emplearse como tantera en otras explotaciones para compensar la caída de los ingresos familiares:

Cuando no hay mucho trabajo en la quinta me voy a buscar a las de los vecinos. Acá no hay trabajos para las mujeres porque la quinta es muy sacrificada, son trabajos pesados, muy cansadores, pero no queda otra. Yo consigo porque me conocen, se hacer de todo: sembrar, regar, cosechar, curar, hasta manejar el tractor. La gente sabe cómo trabajo.

La posición de las mujeres en el hogar junto a la etapa del ciclo vital que atraviesan aporta a la construcción de trayectorias laborales cargadas de inestabilidad. En este aspecto se destaca la maternidad como un evento vital clave que implica la salida provisoria del mercado de trabajo y cambios en las condiciones de re-ingreso.

Beatriz tiene 35 años –nació en Mar del Plata– es jefa de hogar (sin presencia masculina y otros miembros ocupados). Vive con sus dos hijas adolescentes y su nieto menor de un año. Previo al nacimiento de una de sus hijas trabajó durante varios años a porcentaje en una quinta hortícola. En esa explotación, era responsable de un invernáculo y realizaba todas las tareas del ciclo productivo. Recuerda esta etapa laboral como la de mayores logros materiales “el terreno, la casa, vivir bien”. Para Beatriz, la maternidad fue un evento clave que marco un cambio –sin retorno– en su trayectoria, pasando de ser una trabajadora con mayor estabilidad a temporaria y eventual y con períodos de inactividad. Beatriz señala al respecto:

trabajé hasta un día antes de que naciera la nena, como soy gordita [...] nunca se dieron cuenta. Enseguida volví a trabajar pero no tenía a nadie que cuide a mi hija, tuve que dejar esa quinta y hacer otras changas, cosechar, carpir [...] hice de todo, en invierno es poco lo que hay, no dan trabajo, junto cartones, separo plásticos.

Las características del mercado local agrícola, el tipo de tareas para las que son requeridas las mujeres y las modalidades de las contrataciones, entre otros temas, contribuyen a la desvalorización del trabajo y las calificaciones femeninas.

Con el transcurso del tiempo, el trabajo temporario en las quintas se ha ido transformando en la alternativa laboral que representa un aporte económico relevante para algunos de los hogares que integran estas mujeres y de especial significancia cuando éstos son encabezados por ellas. Además, en varios casos, el trabajo en la quinta se constituye en un empleo que adquiere continuidad en sus historias laborales.

Rosa nació en Mar del Plata, tiene 60 años, es soltera y vive sola desde el fallecimiento de sus padres. Su historia laboral se inscribe en la fábrica de pescado. Ingresó a los 15 años y permanece ocupada –alcanzando el puesto de filetera y envasadora– hasta la crisis de desempleo de fines de los noventa, que afectó a los trabajadores del sector. Su posición de hija y proveedora del único ingreso del hogar con familiares a cargo motivó su incorporación en la horticultura buscando prolongar un período de ocupación que permitiera la subsistencia familiar: “Cuando se acabó la merluza nos quedamos todos sin trabajo ¡No me iba a morir de hambre! Me fui a buscar trabajo a las quintas de la zona, en ese entonces era lo menos, lo peor, como caer muy bajo”. Desde entonces, su estrategia consiste en alternar el trabajo temporario que se ofrece durante algunos meses de invierno en las plantas

que procesan anchoitas con el de las quintas que la ocupan para la cosecha y el mantenimiento de distintos cultivos. De esta forma, permanece ocupada durante al menos 9 meses.

Adela es salteña –sus padres son de nacionalidad boliviana–, tiene 28 años, vive junto a su pareja y sus 2 hijos en edad escolar en una localidad rural próxima a la quinta donde trabaja. Actualmente es temporaria en una explotación que produce frutillas para consumo en fresco. Participa en todo el ciclo productivo y en el empaque de la fruta logrando de esta forma permanecer ocupada con relativa continuidad desde septiembre hasta mayo. Su marido actualmente trabaja en una empresa frutihortícola “tiene distintos turnos de trabajo, en este momento, trabaja casi siempre de noche”. Adela construyó su casa con el trabajo de la quinta, “una casa humilde que pude construir con mucho esfuerzo después de muchos años de trabajar en las quintas”. También para esta trabajadora la inserción en las plantas de pescado constituye una alternativa durante el invierno.

Así las mujeres, especialmente, en la temporada frutihortícola intensifican sus jornadas de trabajo para lograr compaginar las tareas productivas y reproductivas.

Las entrevistadas, en muchos casos, tienen dificultades para reconocerse a sí mismas como trabajadoras debido a la inestabilidad de sus inserciones y al papel secundario que se les atribuye en el ámbito familiar y laboral a sus ocupaciones.

Natalia y Analía –marplatenses de 17 y 21 años–, se ubican entre los hijos mayores del hogar que comparten junto a sus padres, hermanos y sobrinos. Aportan a los ingresos –fundamentalmente agrícolas– del hogar ocupándose juntas o individualmente en la cosecha de arándanos y en el empaque de frutillas. En la organización de este hogar a su posición de hijas le corresponde el papel de cuidadoras y responsables domésticas que sostienen la inserción de los otros miembros ocupados de la familia. Mientras se espera la temporada agrícola, pueden ocuparse en el servicio doméstico o atendiendo pequeños comercios en la zona de segundas residencias –de reciente expansión– que se encuentra en las proximidades del paraje donde residen. Describen su experiencia en la cosecha de arándanos como una alternativa poco relevante por su carácter ocasional y porque no implica un ingreso que pueda modificar sus situaciones familiares. En este sentido, afirman “es una ayuda nada más, no significa mucha plata”.

En los itinerarios laborales femeninos se observa la circulación de las trabajadoras por distintos sectores y actividades. Para algunas mujeres el trabajo temporario en la agricultura se puede replicar año tras año y articular o no con otros trabajos –también temporarios– en otros sectores, pero para otras mujeres la agricultura adquiere un papel más circunstancial en sus inserciones. En ambos casos, se observa que las mujeres ingresan y egresan en la agricultura de acuerdo a las posibilidades de ajustar sus arreglos familiares.

Alicia es una joven de la ciudad de Mar del Plata, tiene 34 años, es jefa de hogar –sin presencia masculina y otros miembros ocupados– y madre de seis hijos. Trabaja en la industria del pescado hace más de quince años como filetera. Durante cinco temporadas consecutivas se ocupó –sin abandonar el otro empleo– como clasificadora en un empaque de frutillas. Su relato destaca que pudo hacerlo “porque en la planta podía trabajar en el turno de la noche (aunque mi mamá me criticaba por dejar tanto tiempo los chicos solos, ¡no me quedaba otra!), pero cuando se enfermó el más chiquito tuve que dejar”. Alicia señala como tendencia que durante los últimos años: “se ha vuelto muy común ver a muchas mujeres de todas partes de la ciudad –principalmente de la zona del puerto– trabajando en la frutilla” y afirma que como ella, “hacen la temporada en la frutilla para sacar una diferencia de dinero”. Y agrega: “Todo es manual, en sí, el trabajo es igual que en el pescado, te pagan por lo producido. Cuando la frutilla viene mala (es chiquita) [...] te querés matar. La frutilla es más sacrificado. Se paga más que el pescado pero son unos meses nada más”.

El testimonio de Alicia pone en evidencia algunos aspectos que caracterizan el perfil de la mano de obra involucrada:

La misma cooperativa que da trabajo en el puerto es la que junta la gente. La mayoría son mujeres con hijos a cargo, aunque no hay preferencia *entre* hombres o mujeres siempre les dan prioridad a las mujeres con responsabilidades. Las más jovencitas no aguantan, trabajan una semana y al próximo lunes ya faltan, a lo mejor se conforman con lo que ganaron [...] en el empaque trabajan hombres, traen la fruta, cargan la cámara.

Para finalizar, los testimonios de todas estas trabajadoras temporarias ilustran la pervivencia de la segregación genérica del trabajo de varones y mujeres en la esfera productiva y reproductiva, que

impide la igualdad de condiciones en el acceso al trabajo remunerado y refuerza la situación de desventaja social de las mujeres en los mercados de

trabajo. A su vez, el desempeño laboral en espacios tipificados como 'femeninos' refuerza los rasgos de domesticidad y subordinación, y los estereotipos socioculturales que contribuyen a la desvalorización (Ariza y de Oliveira, 2000: 10).

A modo de conclusión

En esta mirada a los contextos laborales femeninos en el mercado de trabajo frutihortícola, del Partido de General Pueyrredon, se ha podido observar la presencia de asalariadas de carácter temporal. En este sentido, se iluminan aspectos ocultos del trabajo femenino que las fuentes estadísticas no revelan. Se han identificado modalidades de inserción al trabajo temporario que constituyen en sí mismas una novedad, en este espacio productivo, y permiten ir más allá de las categorías tradicionales que asimilan el trabajo femenino a la ayuda familiar.

Las actividades agrícolas intensivas muestran inserciones femeninas individuales, pero también persiste un componente migratorio que conserva el carácter familiar de las inserciones; por otra parte, se advierten empleos femeninos que incluyen mujeres con poca experiencia laboral en los mercados de trabajo agrícola o directamente sin ella.

En las producciones frutihortícolas convergen el carácter transitorio del empleo, la inestabilidad laboral y la flexibilidad en las ocupaciones. El carácter flexible de las modalidades de contratación femenina, sean estas formales o informales, no constituyen vínculos laborales duraderos ni ofrecen estabilidad laboral.

Las inserciones están marcadas por las posibilidades o restricciones que encuentran las mujeres en su perseverante tarea de compaginar el trabajo productivo con sus responsabilidades reproductivas. Así la doble participación de las mujeres, como asalariadas y como principales responsables de las tareas de cuidado y reproducción en sus hogares les propone una práctica permanente de articulación entre espacios que presentan lógicas diferenciadas.

Desde esta perspectiva, las oportunidades de trabajo asalariado para las mujeres en los contextos productivos considerados dan cuenta que los itinerarios por el mundo laboral se caracterizan por períodos de ocupación, desocupación e inactividad y, en este sentido, es central el papel que juegan

en las trayectorias laborales femeninas las características de los hogares que integran las trabajadoras, así como la edad y el ciclo vital en que se encuentran. “Así, la composición y estructura familiar es un elemento que hace comprensibles tanto la asalarización femenina como las formas de reproducción social en hogares que no cuentan con otros ingresos que los que logran las mujeres” (Valdez, 2012: 233).

En la agricultura se espera que las mujeres desplieguen aquellas características consideradas “naturalmente” femeninas en sus puestos de trabajo. Esto es, “habilidades naturales”, que ubican a las mujeres en tareas manuales, de escasa valoración por considerarse carentes de aprendizaje. Estas representaciones del trabajo femenino, que configuran el desplazamiento de la división sexual del trabajo doméstico al mercado de trabajo, limitan la participación de las mujeres a determinadas tareas y el acceso a puestos de mayor jerarquía y remuneración. En este sentido, los estereotipos de trabajo femenino operan en la práctica como un argumento que justifica el ocultamiento del entrenamiento y capacitación que realizan las trabajadoras a lo largo de sus trayectorias laborales. Esto implica para las mujeres la participación en el trabajo asalariado en condiciones desventajosas y en los segmentos poco jerarquizados (Mingo, 2011b).

Bibliografía

- Adlercreutz, Enrique (2008). “Hablemos del costo de la frutilla”. *Visión Rural*, Año XV, n. 73.
- Aparicio, Susana (2012). “Estudios de condiciones de trabajo de las mujeres temporeras en la agricultura argentina”. Tomo1. En: Soto Baquero, F. y E. Klein (coord.), *Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas*. Roma, FAO.
- Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2000). “Contribuciones de la Perspectiva de Género a la Sociología de la Población en Latinoamérica”. XXII International Congress, Latin American Sociological Association (LASA). Miami.
- Arriagada, Irma (2010). “La desigualdad de género y territorial en Chile. Una primera aproximación”. *Estudios avanzados*, n. 13.
- Atucha, Ana; M. Victoria Lacaze y Patricia Gualdoni (2012). “Perfil productivo del Partido de General Pueyrredon”. *Visión Rural*, Año XIX, n. 95.
- Baudron, Silvia y Alejandro Gerardi (2003). *Los asalariados agropecuarios en Argentina: aportes para el conocimiento de su problemática*. Buenos Aires, PROINDER.
- Benencia, Roberto (2005). “Redes sociales de migrantes limítrofes: lazos fuertes y lazos débiles en la conformación de mercados de trabajo hortícola (Argentina)”. 7º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Buenos Aires, ASET.
- Bocero, Silvia (2003). “Cultivos protegidos y problemas ambientales: Un estudio de la horticultura marplatense en la década del noventa”. Sitio Web del Centro de Documentación de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. UNMDP: <http://eco.mdp.edu.ar/cendocu/opac/tesis.htm>.

- Bocero, Silvia (2011). "Problemáticas socio-ambientales en áreas hortícolas del Partido de General Pueyrredon. Riesgo y vulnerabilidad social". *Revista Aristas. Revista de estudios e investigaciones*, n. 6.
- Bocero, Silvia y Analía Di Bona (2011). "Inserciones laborales de mujeres en el cinturón frutihortícola marplatense". III Congreso de Geografía de Universidades Públicas. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.
- Bocero, Silvia y Analía Di Bona (2012). "El trabajo asalariado femenino en el cinturón frutihortícola marplatense". *Revista Geograficando*, Año 8, n. 8.
- Bocero, Silvia y Pedro Prado (2009). "Horticultura y Territorio. Configuraciones territoriales en el Cinturón Hortícola Marplatense a fines de la década del noventa". *Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía*, Año VII, n. 7.
- Camarero, Luis (2008). "Invisibles y móviles: trayectorias de ocupación de las mujeres rurales en España". *Ager Revista de estudios sobre despoblación y desarrollo rural*, n. 7.
- Carrasco, Cristina (2003). "La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?". En: León, T.M. (comp.), *Mujeres y trabajo: cambios impostergables*. Porto Alegre, CLACSO.
- Carrasquer, Pilar (2009). "El empleo femenino en España y Europa: cambios y continuidades". *Documentos de Trabajo Fundación Carolina*, n. 32.
- Feito, C. (2005). *Antropología y Desarrollo. Contribuciones del abordaje etnográfico a las políticas sociales rurales: el caso de la producción hortícola bonaerense*. Buenos Aires, Ed. La Colmena.
- Jelin, Elizabeth (2005). "Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales: Hacia una nueva agenda de políticas públicas". *Reunión de expertos. Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales*. Buenos Aires, CEPAL.
- Lara Flores, Sara (1995). "Las jornaleras del campo ¿Qué sabemos de ellas?". *Este País*, v. n. 46.
- Lastarria, Susana (2008). "Feminización de la agricultura en América Latina y África Tendencias y fuerzas impulsoras". *RIMISP*. Santiago de Chile, Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural.
- Mingo, Elena (2011a). "Entre el hogar y el trabajo. Mujeres asalariadas en la agricultura del Valle de Uco. Provincia de Mendoza, Argentina". *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 29, n. 1.
- Mingo, Elena (2011b). "Género y trabajo: la participación laboral de las mujeres en la agricultura del Valle de Uco, Mendoza, Argentina". *Papeles de trabajo*, Año 4, n. 7.
- Mingo, Elena y Matías Berger (2009). "Asalariados rurales en el Valle de Uco (Mendoza, Argentina)". *Mundo Agrario*, v. 10, n. 19. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/scielo.php>.
- Propersi, Patricia (2007). "Las posibilidades de pensar la salud en Cinturón Verde del Gran Rosario". *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, n. 26 y 27.
- Quaranta, Germán (2010). "Estructura ocupacional, características de la demanda y perfil de la oferta laboral en el agro argentino a principios de la década actual". En: Neiman, G. (dir.), *Estudio sobre la demanda de trabajo en el agro argentino*. Buenos Aires, Ediciones Ciccus.
- Rau, Víctor (2009). Informe de Consultoría "Estudio de actualización sobre la incorporación de los asalariados transitorios agropecuarios a un proyecto de inclusión social". Buenos Aires, PROINDER.
- Ringuélet, Roberto y M.C. Salva (1996). "El campo del trabajo en la producción horticolabonaerense". III Jornadas Regionales: Las agriculturas latinoamericanas y las transformaciones sociales. La Plata.
- UNMDP, Facultad de Cs. Económicas y Sociales (2012). "Producto Bruto Geográfico del Partido de General Pueyrredon". Año base 2004. Estimaciones y Metodología. Disponible en: <http://eco.mdp.edu.ar/pbgb/>.
- Valdez, Ximena (2012). "Conclusiones". En: Soto Baquero, F. y E. Klein (coord.), *Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas*. Santiago de Chile, FAO.